

## WALTER STARKIE

**E**l profesor Starkie, Director del Instituto Británico, deja nuestra Patria, nombrado por el Gobierno inglés para otro puesto. Hace poco, escritores y artistas españoles, en número crecidísimo, presididos por el Marqués de Lozoya, se reunieron en torno del gran hispanista. Era una comida de despedida y homenaje a la vez: sentimiento por la ausencia próxima de un amigo verdadero y gratitud por una labor llena de ardiente españolismo.

España siente profundamente la marcha de Walter Starkie. Hasta tal punto, que se han iniciado gestiones a fin de que el gran profesor continúe entre nosotros, entregado a la eficaz labor de cultura y acercamiento que desde su puesto venía realizando. Los medios intelectuales de España verán con satisfacción auténtica que aquel amigo ilustre y cordial siga entre nosotros.

Precisamente, Walter Starkie ha cumplido ahora, al mismo tiempo que sus bodas de plata en el matrimonio, sus bodas de plata con la tierra española. El viaje de sus nupcias fué un viaje por España, hace veinticinco años. El amaba nuestra tierra aun antes de conocerla, y en sus sueños confusos de niño había ya la figura de un español, como si este presentimiento marcara un destino para la vida de quien había de ser uno de los mejores nombres del moderno hispanismo.



En su primera estancia sobre tierra española, Walter Starkie recorrió a pie la ruta de Don Quijote. Llevaba muy en su corazón, desde siempre, el espíritu del Caballero de la Triste Figura. Caminó, con un violín al brazo, por los llanos manchegos. Visitó Argamasilla y El Toboso, los campos de Montiel, las lagunas de Ruidera. Y siguió luego, por Aragón, hasta Barcelona, término de la ruta de Alonso el Bueno. Estuvo en ventas y figones, charló con cabreros y trajinantes, vió amaneceres y crepúsculos por los mismos caminos que recorrió Don Quijote. Y ya, desde entonces, España —la España terrena y entrañable, no sólo la de los libros y la historia— no se separó del espíritu andariego del escritor irlandés. Estudios y libros sobre temas nuestros fueron saliendo del fervor y de la pluma de Walter Starkie. Un día, un estudio sobre don Jacinto Benavente. Otro, las *Aventuras de un irlandés*. Después, *Don Gitano*, *La llanura encalmada*, *La España de Cisneros*. Y ahora, desde hace algún tiempo, trabaja en el estudio y la investigación de la figura y la época de Don Pedro el Cruel, por las relaciones de este monarca castellano con la Casa de Lancáster.

Hay, a lo largo de toda la labor de Starkie —profesor de español en la Universidad de Dublín, correspondiente de la Academia Española— una amorosa preocupación por el nexo de la cultura como factor de amistad entre los pueblos. El ha dicho reiteradamente que conocerse es el primer paso para amarse. «El odio —ha afirmado— siempre se debe al miedo, y el miedo es una consecuencia de la falta de conocimiento mutuo. En el momento en que dos personas se conocen desaparece el odio, y, cada una por su lado, empieza a actuar en un medio de simpatía creciente. Creo que es sumamente importante que los pueblos se conozcan también. Y únicamente pueden conocerse por su cultura. Cuando digo Cultura, me refiero a la Cultura en su sentido más amplio: cultura artística, científica, literaria, sin olvidar la cultura puramente popular.»

Este sentido ha inspirado la labor desarrollada por Walter Starkie, entre nosotros, desde 1940, en que vino para ponerse al frente del Instituto Británico. Ha hecho labor de comprensión y de acercamiento a través de los vínculos afectivos que engendra el conoci-



miento artístico y literario. Ha publicado estudios y ha dado conferencias en cuyas palabras palpitaba siempre aquel espíritu de amor. Dos grandes figuras, sobre todo, han centrado el fervor del profesor Starkie. Dos figuras señeras en la historia cultural del mundo: la de Shakespeare y la de Cervantes. Starkie es un enamorado de uno y otro escritor, y ha estudiado profundamente la vida y el alma del novelista español y del comediógrafo inglés. Ha encontrado en las dos almas puntos estrechos de contacto. Le deslumbra, sobre todo, el espíritu de bondad, de tolerancia y de comprensión que late en los dos escritores. Para él, Shakespeare y Cervantes son los dos grandes humoristas del mundo. Hay en ellos un hondo sentido de tolerancia y de caridad, de bondad y de disculpa. Humoristas, sí; mas en ellos este espíritu de humor no es frivolidad, sino melaconía de ver cómo la vida pasa, y de cómo, ante la fugacidad y la vanidad de ésta, no cabe en el pensamiento humano sino una sonrisa de irónica y bondadosa comprensión.

Ama el profesor Starkie la España tradicional e hidalga. Aprendió a conocerla en los archivos, en los castillos, en los viejos pueblos y ciudades que son todavía latido de siglos. Ama también la España popular, que guarda esencias íntimas y peculiares en los caminos antañones, en las cuevas gitanas, en los hogares aldeanos con sabor de conseja. Nos conoce, y por eso nos ama. España está unida a él por los mejores lazos, que son los lazos afectivos. Cuando el hoy profesor era un chiquillo de cinco años, ya España se le aparecía en un sueño profético. Después, tierra española fué el fondo a sus horas de recién casado. Nos vió luego en los días duros de Brunete, de Teruel, del Ebro. Su labor de más tarde, ya desde 1940, es la continuación de un fervor que tenía hondas raíces en el alma de quien un día comenzó a recorrer nuestros caminos con el violín en el brazo y, como Don Quijote, con un ansia de aventura en el corazón andariego. Este es el hombre —erudito y artista, trabajador de las letras y poeta de la vida— cuya permanencia entre nosotros desean y piden hoy los escritores y los investigadores de España.